

A black and white photograph of a woman's face, partially obscured by a dense layer of leaves and branches. The woman is looking slightly to the right with a gentle smile. The lighting is soft, creating a natural and intimate atmosphere. The leaves are in various stages of focus, some sharp and some blurred, adding depth to the image.

Dora Esther Franzosi
22/04/53 - 12/08/77

DORA

Un brindis para Dora

Reflexión que quiere ser, para una muchacha que quiso ser hasta el final

Mi conciencia dicta y mi mano escribe sobre la memoria, esa incómoda práctica de la condición humana. La memoria, gran madre de la historia con sus verdades y también –cómo negarlo- sus grandes mentiras. Contra aquellos y aquellas que mienten la historia, o los que no afrontan la incomodidad de la memoria, levanto mi copa en honor de Dora.

Observo fotografías de Dora Franzosi. Las observo con inquietud (el corazón pierde siempre el compás ante las fotos de nuestros desaparecidos). Son casi todas en grupo: momentos gratos, celebratorios, de pura construcción vital. Pero en dos de ellas Dora se muestra sola. Algo en el rostro de contorno regular de la muchacha con rubia melena, seria, un poco concentrada, me invita a recorrerlo con el dedo. Lo hago, cariñosamente, respetando su seriedad, quizá su voluntad de ser y estar siempre con otros y otras. Me parece que así la conozco un poco más. La belleza de sus rasgos despidе una melancolía que traslado, sin querer, a estas teclas que se suponen impávidas, al monitor que entenece su fondo blanco para contenerme. Como en muchas otras ocasiones, caracolea por dentro una pregunta chiquita... ¿por qué las cosas que nos rodean, los aparatos con que trabajamos, quedan a veces transidos de los sentires nuestros...?

Algo conozco de Dora. Ha sido estudiosa, inteligente, generosa, cuidadosa de su familia hasta parecer fría en sus relaciones con ella (así la preservaba, sin duda, en tiempos de fuerte militancia) y de su amor, Alcides *El Vasco*. Se mostró firme desde chica en la defensa de sus ideas –como su padre, con quien discutía duro sobre política-, militante en el centro de estudiantes de Derecho en La Plata y en la elección de su grupo político. Está claro que su formación en el colegio y en grupos religiosos, y quizá hasta en la carrera de Sociología en la UCA –Universidad Católica Argentina- nutrió sus más caras convicciones políticas, que tendieron no hacia un cómodo conservadurismo sino hacia un decidido quehacer a favor de los demás... Quien elige trabajar por Verdad y Justicia -iqué riesgosa pareja!- se sabe en peligro. Dora Franzosi lo supo, pero simplemente lo afrontó.

Y ahora adviene nuestra tarea de recordadores. Recordadores con su memoria en llagas –y Dora es una de esas llagas- pero alerta

y en plena acción. Porque ¿cómo evitar los peores aspectos del poder, que «*muta y reaparece, distinto y el mismo cada vez*», como escribe Pilar Calveiro? ¿Cómo trabajar contra la trivialización de la memoria, cómo impedir que se acumule rutina en los monumentos –baldosas, placas, estatuas, palabras-, cómo aventar el polvo de la indiferencia de tantas personas desde estas fotos para nosotros entrañables? Quedan en el aire esos punzantes desafíos. Y además ¿cómo soportar que, lo mismo que a su querido hermano Elvio, a una muchacha que amaba, trabajaba, militaba, no la dejaron llegar a anciana, viajar, ver crecer a sus nietos, quizá sufrir reuma o fatigas, disfrutar de sus propias comidas, protestar por los precios tan altos, debatir sobre la violencia presente en la política, enojarse tal vez con compañeros de diversas formas de militancia, sentirse a punto en una comunidad, vivir, vivir, vivir?

Vuelvo a las fotos de grupo de Dora Franzosi: con su bello rostro serio, está celebrando la vida. Por esa vida militante, a la que no dejaron ser pero que sigue siendo, levanto mi copa en un brindis, puro homenaje a Dora.

María Adela Antokoletz

Profesora y licenciada en Letras. Hermana de Daniel, detenido desaparecido en noviembre de 1976. Hija de María Adela Gard de Antokoletz, una de las fundadoras del movimiento de Madres. Actualmente acompaña a las Madres en sus actividades públicas, en la Red de acompañamiento a Madres ancianas y como delegada de ellas ante FEDEFAM (Federación Latinoamericana de Asociaciones de Familiares de Detenidos Desaparecidos). Autora del libro *Desovillando la historia. Otra voz para la historia de las Madres de Plaza de Mayo*.

Querida Dora

Secuestrada en la ciudad de La Plata el 12 /8/ 1977.

Nº de legajo Conadep: 7132.

Reconstruir parte de la vida de Dora Esther Franzosi, la única mujer de los ocho desaparecidos de nuestra ciudad, pretendiendo desandar el camino del olvido en el que han quedado, no fue tarea fácil.

Los intentos de recabar información chocaron contra muros de silencios signados por el temor y la desmemoria de una sociedad en la que gran parte de su población adulta tiene una tendencia a silenciar y reprimir lo ocurrido, una enorme dificultad para hablar sobre la tragedia que sucedió en el país, de preguntarse cómo fue posible, cómo se sostuvo y cómo se justificó tanto horror.

El exterminio de compañeros y amigos de militancia impidió el aporte de datos sobre esa etapa vivida por ella.

La información que de Dora se pudo obtener acerca de su vida en Lincoln y su posterior estudio y militancia en la ciudad de La Plata procede fundamentalmente de recuerdos de quienes la conocimos, recuerdos que pudimos sostener y proteger desde el afecto. Por eso, querida Dora, elegí escribir sobre vos.

Te fui queriendo, inevitablemente, a medida que te pensaba y buscaba. Allí por los sesenta y pico no éramos amigas, nos conocíamos del colegio.

Te pensé tanto en tantos años a través de las muchas historias de vida leídas y escuchadas de nuestros 30.000 desaparecidos, historias similares porque la mayoría eran jóvenes como vos y tu hermano Elvio. Y te busqué tanto en este último tiempo porque no queremos que quede en el olvido tu corta pero valiosísima vida. Porque no queremos ni debemos olvidar que en nuestro país, una aborrecible y sangrienta dictadura se ensañó con la vida de miles de personas, secuestrando, torturando, desapareciendo, apropiándose de los hijos de las víctimas, aterrorizando a gran parte de la población y cerceando los más elementales derechos políticos y sociales.

Pero los militares no estaban solos para instaurar, a partir del 24 de marzo de 1976, un Estado clandestino que avasa-

lló completamente la Constitución Nacional, no estaban solos para cambiar la estructura económica y planificar la miseria que asoló a la población, estaban con los cómplices de siempre, poderes civiles, mediáticos y eclesiásticos, autores intelectuales y también beneficiarios del genocidio. Para lograrlo necesitaron destruir a sangre y fuego todo vestigio de política militante y participativa, por eso te desaparecieron Dora, por eso eliminaron a todos los seres pensantes y solidarios como vos.

Pensar y visibilizar a nuestros desaparecidos es tener siempre presente las atrocidades cometidas por el terrorismo de Estado en la Argentina, diferenciándolo de otro tipo de violencias, es desadormecer las conciencias, es un intento de sepultar frases tan naturalizadas en otras épocas pero que aún persisten: «ellos se la buscaron», «algo habrán hecho», los que de verdad estudiaban están vivos»..., es reivindicarlos como militantes populares comprometidos en contra de la injusticia social, es devolverle su condición humana negada cuando los secuestraban, los torturaban y los desaparecían. Es, en definitiva, recuperarlos para que Nunca Más suceda.

Los sobrevivientes de esa oscura etapa del país tenemos la responsabilidad de establecer una memoria pública que se transmita a las generaciones que vendrán, por lo tanto se nos presenta un imperativo: **RECORDAR.**

Te recuerdo y te encuentro en aquel lejano cumple de quince, un 25 de marzo de 1968 al lado de tremenda torta, mirando atenta encender las velitas, tirando la cinta, tal vez esperando el anillo para reírnos y cargarnos todas después, moviéndonos al compás de las canciones del Club del Clan, de las cumbias o de los lentos de Salvatore Adamo o Nicola Di Bari, sobre un crujiante y encerado piso de pinotea. ¡Estabas tan pero tan linda con esos aritos de perla que enmarcaban tu angulosa cara y con ese vestido blanco de mangas largas!



Dora es la primera de la izquierda.

Te encuentro también en una soleada tarde en el vivero de nuestro pueblo, al lado del parque, sentadas en los escalones de cemento del mástil que ya no existe más, frente a la gran casa amarilla. Los rayos del sol atravesaban tu pelo lacio castaño cuando el viento lo movía, esa es la imagen que me acompañó siempre cuando pensaba en vos. Conversábamos las tres, largo rato, tal vez de la escuela, del estudio, de las monjas, de alguna profe o compañera, de algún chico que nos gustaba o quizás de la carroza o de la fiesta del 21 de septiembre... Regresamos en bicicleta cantando por la larga avenida que por entonces estaba totalmente bordeada de árboles.

Te recuerda tu compañera Laura cuando se cumplieron 30 años del golpe de Estado, el 24 de marzo de 1976:

Resulta difícil expresar en palabras el sentimiento que provoca traer al presente las imágenes del pasado. Al recordar a Dora no puedo pensarla fuera de un grupo de jóvenes bulliciosos, pensantes, creativos, cuestionadores, que compartieron y vivieron cinco años de sueños y esperanzas, es-

tudio, sonrisas y lágrimas. Niñas - mujeres de 17 y 18 años, a veces desafiantes, comprometidas, extrovertidas; otras, sumisas, obedientes, respetuosas, pero con un objetivo siempre claro y presente: de igualdad y justicia, que discutían fervorosamente ante el fanatismo por The Beatles, o por los Rollings, o preferir a Lennon o a Mc Cartney. Que se apasionaban defendiendo a Sarmiento o Rosas; a Perón o Irigoyen. Que volvían de Mariápolis convencidas y tratando de convencer a los demás que a través de la paz y el amor todo era posible.

Época de poca imagen y mucha lectura, de descubrir al movimiento hippie que ya asomaba como una salida, de recitar la Marsellesa en francés y de corrido. De querer y no poder, de pensar y ¿decir o no decir? De cantar a gritos la Marcha de la Bronca, todas juntas y en la galería, para sacar afuera todo, dejando el camino abierto para los que seguían o... tal vez, como premonición de lo que después sucedería.

Egresadas del '70... y la emoción de ser reconocidas como la primera promoción de Bachilleres Pedagógicos del «Notre». Y, así llegó el tiempo de volar por otras zonas, de descubrir cada una su camino, tiempo de decidir, de optar, de construir, participar y perseguir un ideal. Y en ese raudo vuelo perdimos a Dorita; hoy nos queda el inmenso dolor que nace en la peor de todas las ausencias, las fotos en blanco y negro y la memoria, en donde siempre estará viva.

Te recuerda tu compañera Nora, cuando el 24 de marzo de 2013 los integrantes del grupo «Linqueños por los Derechos Humanos» visibilizamos los rostros de los ocho desaparecidos de nuestra ciudad en un acto en el Patio Cívico, llamado Patio de los Derechos Humanos:

Recordándote, para Dora Franzosi: se me estruja el corazón cada vez que hablamos de Dora... han pasado tantos años desde nuestra adolescencia en la escuela secundaria «Nuestra Señora» que los recuerdos apenas afloran a mi memoria pero...

¡Si! La recuerdo brillante, una alumna inteligente que con tan sólo una leída podía argumentar con sus propias

palabras, haciendo una interpretación perfecta del texto leído.

¡Si! La recuerdo buena compañera pues no se peleó con nadie nunca, siempre solidaria con quien necesitaba su ayuda, o sus apuntes o libros que ofrecía desde la sencillez y humildad que la caracterizaba. Pero sobre todo ¡si! la recuerdo siempre consciente de la realidad social, tratando de cambiar lo que veía injusto o desigual. Aún recuerdo aquel lejano 1971 cuando se fue a estudiar a La Plata, llena de las ilusiones propias de una adolescente... pero llevando también los ideales de una luchadora, una luchadora que intentó aplicar todos sus valores y su valentía en una lucha ineludible por lograr una libertad y una justicia social olvidadas en una de las épocas más difíciles de nuestro país.

Hoy quiero recordarte Dora... y con estas palabras realizar un pequeño homenaje en tu memoria y también decirte que tu lucha (como la de tantos otros jóvenes desaparecidos) no fue en vano... porque continúan vivos en los corazones de todos los que los conocieron... y por sobre todo... porque nunca serán olvidados... ¡porque ya forman parte de la historia y de la memoria de este país!

Otro recuerdo que se leyó ese emotivo 24 de marzo de 2013:

Mate en mano, como en tantas tardes en que compartimos sueños, tristezas, desamores y miedos... Hoy trato de rearmar el recuerdo desdibujado (a fuerza de borrar y tratar de olvidar, para seguir por el camino de la vida) de Dora, ya que hubo un tiempo en que, además de dejar de saber, era necesario romper fotos y todo aquello que nos conectara o vinculara para sobrevivir. Pero corriendo el velo:

Compartimos muchos lugares en los que vivimos en nuestros años de estudio en La Plata. Era común mudarse por costos, conveniencias o rediseño de compañeras.

Sonrisa grande y franca, verruga sobre un lado del labio característico y personal y la cara angulosa, nariz fuerte y pelo lacio en corte carré, simple, solidaria.

Le gustaba andar con faldas, cosa rara entre nosotras, fumar cigarrillos negros y sentarse al sol a leer.

Sin problemas para la organización de la vida en común, dispuesta a dar una mano siempre, inteligente, tirando a brillante, con una gran capacidad para expresar los saberes. Dando ánimo y ayudando a superar el famoso «caprex» (nombre dado a ese susto intimidante previo a los exámenes), que ella no sufría para nada.

Con su compañero, amigo mío entrañable y hermano de una compañera nuestra de departamento, compartimos también muchos fines de semana en familia, en Bavio, cerca de La Plata. Y también las horas de tren para ir a nuestros nidos en Lincoln, con partidos de truco, mates y música alegre... cuando los fines de semana largos y el presupuesto nos lo permitía.

Muchas tardes de charlas, compartir el amor por la lectura, las guitarreadas de los fines de semana en que estar sin un peso... no pesaba y compartíamos lo que había, cantábamos felices y todos soñábamos un mundo mejor... (y lo mejor de todo es que creíamos que sí se podía).

Estudiaba sociología y lo último que supe es que a la salida de clase, por la noche un grupo de los que hacían los trabajos sucios la levantó con violencia junto a otra compañera de facultad, que al poco tiempo fue liberada, pero de la que no supimos nunca nada más.

Esos retazos de noticias los fui teniendo porque la casualidad también teje sus redes y un compañero de trabajo, que también trabajaba en la Universidad Católica, presenció todo y levantó del suelo las cosas de ella que quedaron tiradas: lápices, cuadernos, pinturas (iera coqueta la Flaca!)... y libreta con direcciones en la que, entre otras, estaban mis datos y así me entero de cómo fue todo.

El último tiempo, por razones de seguridad, casi nadie sabía mucho en qué andaba el otro... y Dora paraba poco en casa.

Supe que trabajaba en la JP en un barrio y algo también en prensa, pero no sé mucho más. Esa noche también desapareció su compañero Alcides, unos amigos y otra familia con la que parece Dora vivía parte del tiempo y donde funcionaba una imprenta casera, según supimos por los

padres de la pareja, a los que en medio de la noche fueron a dejarles los dos nietos.

No pude saber nada más... ni donde estuvo ni cómo lo pasó... ya que nadie de los que volvieron o tuvieron contacto con detenidos supo nada de ellos.

Quería mucho a sus viejos y les retaceaba noticias o situaciones para que no se intranquilizaran. Los cuidaba a su manera.

Siempre me duele esa encomienda que ellos me dieron y le traía, y nunca pude darle.

Y nunca voy a olvidar los gritos y el llanto desgarrador de su mamá cuando fuimos a decirle que no la esperara más.

Busco y repaso... y no hay mucho más de lo esencial para contar.

Será que como dice la canción: «... Uno se cree que los mató el tiempo y la ausencia... pero los recuerdos y los dolores acechan detrás de la puerta»...

Pero es un modo de decir, hoy: Elvio Franzosi... ¡PRESENTE! Dora Franzosi... ¡PRESENTE!

Para buscarte intenté seguir tu camino de vida desde que estabas acá, en Lincoln, hasta tus años en la ciudad de la Plata. Visité a tu mamá, a compañeras y amigas del secundario, me encontré con tu tía Lodia, con la familia de tu querido Vasco y conocí a dos hermanos de Stella Maris, una militante que posiblemente compartió con vos tus últimos 39 días en el Centro Clandestino de Detención La Cacha.

Los encuentros con tu mamá no fueron fáciles, lo doloroso que fue y es para ella haber perdido sus dos únicos hijos hizo que quisiera «desconectarse» de ese pasado horrendo que le tocó vivir. Nunca pudo hablar ni pensarlos imuertos! No comprendía, ni comprende la lucha en la que ustedes estaban y eso le hizo, a mi entender, aún más difícil asumir la pérdida. Hermanarse en el reclamo de Memoria, Verdad y Justicia como lo hicieron las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, les permitió apropiarse de sus ideales levantando las banderas de solidaridad, compromiso y de defensa de las causas justas que ustedes levantaban, les otorgó una fuerza ineludible durante

décadas y aún desgarradas por nuevas injusticias como las leyes de «Obediencia de Vida» y «Punto Final» y más tarde por el nefasto «Indulto», no renunciaron ni un segundo. Es recién en este tiempo que estamos viviendo que pueden ver y escuchar las sentencias a los genocidas. Parece ser que el camino compartido de lucha no sólo alivia la tristeza sino que la transforma en esperanza!

Pero tu mamá no pudo Dora, ella quería que ustedes estudiaran, se recibieran, ella lo que no quería era perderlos y es eso lo que no puede comprender, haberlos perdido...

Un día de enero de 2015 en que la visité con tu compañera Nora nos invitó a pasar al patiecito de entrada de la casa, ese que está detrás de la puerta chica de la calle Alsina, puerta por la que ustedes entraban y salían siempre con Elvio; está igual, con la añosa hiedra que lo cubre. Ese día tu mamá se emocionó con profundo llanto cuando Nora le regaló una foto tuya, en la que estás muy linda, junto al texto que te escribió para el 37^o aniversario del golpe de Estado, el 24 de marzo de 2013. Luego conversamos de su vida, de lo cotidiano, de todo lo que tuvo que luchar, recordó a tu papá Enrique que estuvo 8 años paralítico antes de morir en agosto de 1989, icómo enferma el dolor! Me contó tu tía Lodia que se descompuso justo el día de tu cumple y el día siguiente tuvo el ACV.

Tu mamá recordó muy dolida que al encontrarse con el papá de Alcides, tu Vasco, cuando a ustedes los desaparecieron, él los responsabilizó a ellos por ser tus padres con estas palabras *«hay que fijarse con quién se juntan»*. Traté de interpretar la frase diciéndole que tal vez se hubiera referido a otros compañeros de militancia, pero ella muy convencida me contestó... *«no, la culpó a Dora, nos culpó a nosotros»*, te estaba defendiendo, estaba defendiendo tu recuerdo aunque sigue muy enojada con ustedes porque no se cuidaron a pesar de que ella siempre se los recomendaba, *«yo les dije que la vida es lo más importante y no me hicieron caso, luchar contra los grandes eso era imposible, no sé si está bien o mal lo que hicieron , sólo digo que mis hijos no están y nada más, no hay nada que me devuelva a mis hijos, ni placas, ni libro, ni nada...»*



Casa de la familia Franzosi, calle Alsina 710. Lincoln

Nos quedamos charlando un rato largo de otros temas y nos invitó sonriente a que regresemos, por lo que unos meses después pasé por la casa para preguntarle si estaría de acuerdo en conversar otro día conmigo. Me atendió por la puertita chica, le dije que lo que pueda decirme, que no la quiero hacer sufrir, que llevo las facturas y nos tomamos unos mates. Me contestó *«bueno, un poquito, lo que pueda»*, *«yo ya sufrí todo lo que se puede sufrir, este dolor lo llevo conmigo siempre (se toca el pecho) no me va a abandonar mientras mi cuerpo esté aquí, lo llevo debajo del pie como quien dice»*.

Una semana más tarde regresé, tal como habíamos acordado, esta vez me atendió por la gran ventana tipo balcón y me preguntó el motivo de mi visita, le contesté que para conversar, que traje las facturas, me dice tocándose el pecho *«de eso no quiero hablar, lo dejo quieto aquí»*, me despidió con besos dados en sus dedos y con estas palabras *«felicidades siempre, todo el año, gracias, gracias, gracias»*. No fui más.

Tomasa Albina Betvedé (Tanda) nacida en Lincoln, se casó con Enrique Franzosi (fallecido) nacido en Rojas, en el año 1952. Su luna de miel en Capital Federal coincidió con la muerte de Eva Duarte de Perón. Su hermana Lodia recuerda que *«todo el pueblo lloraba la muerte de Evita, no había ni siquiera un*

kiosquito abierto, caminaban y volvían al hotel «ella empezó mal...».

Tuvieron 2 hijos: Dora Esther Franzosi y Elvio Franzosi, ambos nacidos en Rojas Provincia de Buenos Aires, ambos desaparecidos.

Lodia recuerda a su cuñado con estas palabras: *«Enrique poseía un carácter muy fuerte, podía discutir fervorosamente sus ideas durante horas con amigos u otros. En la casa él organizaba y decidía todo, compraba la ropa, comida, etc., mi hermana siempre fue muy sumisa».*

Dora vivió su infancia en Ferré, partido de General Arenales. Concurrió a una escuela rural en el paraje «La Trinidad», ubicado a 2 Km de distancia del pueblo. Su padre era chacarero y trabajaba una fracción de tierra perteneciente a la estancia «San Jacinto» de María Unzué Alvear. Dicha señora donó en 1923 las tierras para la creación del paraje y tiempo más tarde promovió la creación de esa escuela. Durante el gobierno de Juan Domingo Perón, Enrique Franzosi y los demás «tanteros» de la estancia pudieron obtener la titularidad de las tierras, por un acuerdo realizado entre el Gobierno peronista y la señora Unzué.

Dora cuando era niña admiraba mucho a su tía Lodia, tenía una especie de fascinación con ella, la seguía con la mirada todas las veces que su tía venía de Morón a visitarla. Lodia la recuerda: *«El primer día de clases del primario su mamá le ponía el delantal, ella no quería ir a la escuela porque decía que era martes 13 y era «día de yeta», en realidad lo que no quería era separarse de mí. Fue con la promesa de que yo la buscaría a la salida, así lo hice. Fuimos a buscarla en un carro o charret a la escolita rural, cuando me vio, salió corriendo sin formar fila y la maestra la llamó «Dorita, Dorita, volvé a la fila». «Yo la quería tanto... le hacía vestiditos, los dos hermanos eran muy educados, no eran boca sucia, nunca les escuché una palabrota».*

Otra anécdota que me cuenta Lodia muestra cómo se destacaba Dora desde pequeña: *«¡Ella fue siempre muy inteligente! un día visitó la escuela rural un inspector de zona. Comenzó con preguntas a los chicos, todos en silencio. Dora*

levantó la mano y le contestó correctamente la pregunta que era difícil, algo así como la distancia de la tierra a la luna; el inspector asombrado le dijo - ¿y vos cómo sabés eso?- -porque lo leí en el «Yo Sé Todo», que me compró mi papá-. El inspector lo comentó sorprendido en varios lugares.»

Dora inició primer año del secundario en la ciudad de Lincoln en el colegio Nuestra Señora (Notre Dame) en el año 1966. El plan de estudios a su ingreso correspondía al Magisterio, pero por decreto del 16 de diciembre de 1968 del presidente de facto, dictador Juan Carlos Onganía lo suprimió, por lo que egresó en 1970 con el título de Bachiller Pedagógico.

Vino a vivir a la casa de su abuela materna, María, en la Avenida 9 de Julio 693, sus padres y hermano continuaron viviendo en Ferré, partido de General Arenales hasta que compraron la casa de la calle Alsina casi 2 años después, cuando Elvio comenzó el secundario, porque justamente sus padres la adquirieron para que sus hijos estudien.

Iba a la división «A» y había elegido el idioma francés. Era la única de las dos divisiones, recuerda una compañera, que tenía un guardapolvo diferente, no en el modelo pero sí en el color, de un azul pálido de algodón, no el azul oscuro de acrocel característico del «Notre». Esta diferencia que a cualquiera de esa edad, en esa época, le hubiera molestado, a ella no le preocupaba en absoluto. Tal vez porque, desde siempre, aunque nadie intuyera su futuro, sólo se ocupó y preocupó por las cuestiones más relevantes de la vida.

Algunas compañeras del secundario que la recuerdan coinciden en que era sumamente inteligente, estudiosa, participativa, que siempre sacaba buenas notas y que nunca se «llevó» ninguna materia, por lo que Tomasa, su mamá, estaba muy conforme con ella y más preocupada por Elvio, que no era tan aplicado, por eso a él le prendía velas para los exámenes. Coinciden también en que defendía enfáticamente lo que pensaba, que generalmente estaba seria, pensativa, una profesora la describe con el «ceño fruncido como si siempre hubiera estado preocupada». Recuerdan su letra «perfecta», cursiva, grande, redondeada, sin ninguna falta de ortografía.

Una tarde de 1970 estaba reunido su curso quinto año en la galería conversando, entre otros temas, de política, la Madre Superiora Dominique que era también profesora en el colegio les preguntó acerca de las ideologías familiares. Ninguna se animaba a contestar, Dora, en cambio, muy firme y decidida dijo: *«mis padres son peronistas y yo también»*. Todas quedaron asombradas mirándose las unas a las otras, era un tema del que no se hablaba en la mayoría de los hogares. Cuenta su tía Lodia que su papá, Enrique, tenía ideas muy firmes, que era peronista como sus cuatro hermanos y *que «hablaba todo el día de anticapitalismo y justicia social. ¡Dorita era una copia del papá en su ideal!»*.

Su compañera y amiga del secundario, Marcela, responde mis preguntas y me contesta por correo electrónico:

«Estudiamos durante todo el secundario juntas. Venía siempre a mi casa. Preparábamos los trimestrales o bimestrales según el año. Llegaba muy temprano en la mañana y después del colegio nos quedábamos hasta tarde estudiando. En diciembre, mientras toda la familia salía a la vereda, nosotras estudiábamos casi a oscuras en el escalón de la puerta de casa. Tenía mucha facilidad especialmente para las materias como Historia, Instrucción Cívica, Literatura.»

«Era una persona muy seria. Participamos en todos los retiros espirituales que nos ofrecían en el colegio, era más una actividad social y de servicio que religiosa, ella no era religiosa. Algunos retiros espirituales los hacíamos en la quinta de mi abuela, otros en La Mariápolis de O´Higgins hasta fuimos a un encuentro en Río Cuarto.

En ese momento estábamos muy enganchadas nos movilizaba más que nada el tema de ayudar y compartir.»

«La canción que nos gustaba y cantábamos siempre era: «Qué pena pensar, que muchísimos hombres no viven la vida, porque no la ven y no la ven porque miran las cosas con sus propios ojos, en cambio si lo hicieran con los ojos del amor, aún el dolor hablaría de Dios... miran la vida con sus propios ojos...». Te digo que era una actividad de servicio porque en una época formamos parte de la Acción Católica y colaborábamos dando catecismo en casa de barrios carenciados. Tam-

bién más de una vez nos quedábamos toda la noche haciendo empanadas o pasteles para vender después de misa. En un tiempo, en la iglesia, estuvo el padre José Luis Kauffman que era muy carismático y atraía mucho a la juventud.»

Todos los cursos del «Notre» participábamos, por entonces, de los retiros espirituales. Cuando íbamos a O´Higgins la pasábamos muy bien, recuerdo que nos divertíamos mucho entre las compañeras, nos gustaba ir porque había «chicos focolares» eran, por lo general, estudiantes que realizaban especies de pasantías por un año o más, trabajando en la huerta de la comunidad, hablaban continuamente de Dios y del amor al prójimo, decían que eso era lo único valioso en esta vida. Nosotras nos fanatizábamos con el tema, nos sentíamos como «transportadas» a otra dimensión, nos mirábamos continuamente y nos decíamos « te brillan los ojos»... sí, te rebrillan, itenés a Dios adentro! Cantábamos la canción que recuerda Marcela y también otra que decía algo así como «*no importa si tienes una pena o un dolor, lo único que importa es amar a Dios... si yendo por las calles un coche te ensució, no grites, no te enfades y con todo amaló*».

Recuerdo al padre José Luis, era buen mozo, usaba jean, lo criticaban porque iba a Totem (confitería de moda). Cuando nos daba los retiros espirituales lo primero que hacía, al sentarse, era sacarse el reloj grande y colocarlo frente a él como para medir el tiempo que nos iba a hablar, recuerdo también que decía que los carnavales eran «escapismos» y que «no era bueno evadirse de la realidad». Otro cura que nos daba charlas era Miguel Mullens, íbamos a la



1969 - Retiro espiritual en Mariápolis O´Higgins. Con las compañeras de colegio, Dora sentada con vincha delante del padre

quinta de la Señora de Sorenson, con él todas estábamos «recopadas». Supongo que estas vivencias también las habrá sentido Dora, en las fotos de 1970 se la ve muy divertida, haciendo muecas al igual que otra compañera.



1970 en la quinta de la Sra. de Sorenson. Dora es la tercera empezando de la izquierda, peinada con raya al medio



Acto de fin de curso en colegio Notre Dame. Dora es la tercera de la izquierda en la primera fila de abajo. Año 1970



Despedida de egresadas en el patio del colegio. Dora es la segunda de la izquierda, de pie en la fila del medio. Año 1970

En otros mensajes Marcela continúa con su relato:

«Mientras estuvimos en Lincoln nunca tuvo novio.»

«En el año 1971 vinimos a estudiar a La Plata. Vivimos juntas, compartimos la misma habitación en el pensionado del Colegio Eucarístico, tuvimos una buena convivencia».

«Por lo que recuerdo ella empezó a estudiar Derecho en la Universidad Nacional. Pasadas las vacaciones de julio comenzó a formar parte de grupos dedicados a la política y centro de estudiantes y se distanció mucho. Se apartó del grupo de amigos que veníamos compartiendo y ya no estudiaba tanto. No sabía que cambió de carrera, seguramente dejó abogacía y se pasó a la UCA, no lo sé».

«Los otros días estuve charlando con un amigo nuestro de esa época y recordaba que en la Facultad de Derecho se involucró mucho en el centro de estudiantes y todas sus actividades».

«Al año siguiente cada una tomó su rumbo y no la volví a ver».

En 1971 Dora se radicó en la ciudad de La Plata para estudiar. Ese año se inscribió en la facultad de Derecho de la Universidad Nacional, este dato lo tengo a partir de su compañera Marcela y más tarde lo ratifica su tía Lodia, la que supone que, al momento de su desaparición, estaba avanzada en la carrera de abogacía. Todas las páginas de desaparecidos por la última dictadura militar solamente hacen referencia a su título de Socióloga, otorgado por la U.C.A (Universidad Católica Argentina). Ese año compartió pensionado con su compañera Marcela, al año siguiente vivió en una pensión con otras compañeras, una de ellas era de Lincoln y otra, la hermana de quien sería su pareja, Octavio Alcides Barrenese, «el Vasco».

Con el tiempo se mudaron a otro departamento del cual Dora se ausentaba más porque fue adquiriendo un nivel y un compromiso mayor de militancia en la JP, de todos modos continuaba estudiando y ésa era su dirección, de hecho ese departamento es allanado el fin de semana largo de agosto de 1977 cuando Dora desapareció. Dora y el Vasco hacían un activo trabajo social en los barrios.

Su compañera de Lincoln era muy amiga del Vasco, lo describe como muy buen tipo, alegre, solidario, cuidadoso de todo el mundo (se le ilumina la cara cuando lo recuerda). Me relata que muchos fines de semana iban al campo de los padres del Vasco en Bartolomé Bavio, que se divertían, cantaban folclore y que ahí no hablaban de política.

En una oportunidad Dora y el Vasco vinieron a Lincoln al cumpleaños de la abuela María en el Citroen rojo que tenían, llovía torrencialmente y la avenida 9 de Julio estaba inundada, el Vasco entró a la casa divertido con el pantalón arremangado hasta las rodillas. Como lo hacía siempre, tocó la guitarra y cantó. La tía de Dora guarda, como todos los que lo conocieron, un hermoso recuerdo de él, dice *«era muy agradable, simple y campechano»*.

Después que asesinaron a su hermano Elvio en noviembre de 1976, Dora estuvo unos días refugiada en una quinta de amigos en City Bell, tenía plena conciencia de que la seguían y que tanto su vida como la de sus compañeros de

militancia estaban gravemente amenazadas, sin embargo no quería abandonar su lucha militante ni tampoco a sus compañeros.

No quería que sus padres vayan a verla a La Plata y tampoco venir a Lincoln, pero sus padres insistieron por lo que acordaron encontrarse en Mar del Plata en el departamento del cuñado de su tía Lodia. Desde Lincoln viajaron en colectivo su mamá, su papá y Lodia. Ella viajó sola desde La Plata y un día después fue el Vasco, porque tenía que asistir a la fiesta de fin de curso del secundario donde daba clases. El motivo fundamental del encuentro era convencerla de que se vaya a Mendoza con su prima Beba, pero no lo lograron.

Dora ya les había enviado una carta desde Bavio, con su tío Oscar, el que la trajo a Lincoln escondida debajo del tapizado del auto, luego comentaría que si la hubiera leído antes, no se hubiera atrevido a traerla (las libertades de todo tipo estaban vedadas en esa época, secuestraban y desaparecían por doquier). En la carta se refería a la masacre realizada en la pensión que vivía su hermano Elvio, caracterizándolo como un héroe, Enrique la quemó sin mostrársela a Tanda.

Esos días en Mar del Plata fueron desgarradores para sus padres, estaban destrozados, el dolor que les ocasionó el asesinato de Elvio, ocurrido pocos días antes, es indescriptible.

Lodia recuerda cómo Dora le relató a su madre lo sucedido en la pensión, ella consideraba que su mamá tenía derecho a saberlo. Tanda la escuchaba sentada en la cama de la habitación inmersa en una crisis de llanto y profundo dolor.

Lodia me relata el sentimiento de los padres y de ella misma respecto a la situación: *«Ella no nos entendía, éramos como dos mundos diferentes, como que la familia no existía más, algo muy raro, muy extraño en los afectos... Yo la desconocía, estaba muy distinta a la infancia, no era más la nenita que esperaba mi llegada de Morón. Tal vez era porque se parecía mucho al padre, Enrique era bueno, pero frío»*.

Dora pasó la navidad de 1976 en Zavalía, partido de General Viamonte, provincia de Bs. As., en casa de su tío León, hermano de Tanda. Estuvo ahí dos semanas. Si bien sus padres no pudieron convencerla en Mar del Plata para que se

aleje de La Plata yéndose a Mendoza, lograron persuadirla respecto a que vaya al campo de su tío. En una carta que Lodia le escribió a Enrique le dijo que la camioneta estaría ahí para navidad, era para avisarles de manera encubierta la presencia de Dora. Sus padres viajaron para verla.

Luego se fue a La Plata, para continuar con su trabajo en IOMA, a esa oficina la llamaba Lodia por teléfono, una vez quedaron en verse, después del asesinato de Elvio, en la calle 7 entre 45 y 46, pero Dora no fue, «*era una manera de protegerme*» refiere su tía.

Dora vino sola algunas veces a Lincoln en el '77, no muy seguido porque sabía que la seguían, pero lo hacía para evitar que sus padres vayan a verla a La Plata.

«Cada encuentro era una lucha, se peleaban mucho con el padre. Enrique le reprochaba que no hubiera cuidado a su hermano a lo q ella le contestaba -Elvio era un hombre, hacía lo que quería, yo no lo podía manejar- .Mi hermana Tanda sufría horrores», cuenta su tía.

La conversación con Lodia la tuve en noviembre de 2015, casi un año después del comienzo de mi investigación, cuando había descartado nuevos aportes de la familia. Su sobrina Griselda (prima hermana de Dora) me facilitó el encuentro.

Nunca la había visto, pero enseguida la reconocí, tal vez por el parecido familiar, aunque más bajita que Dora, algo en ella me la recordó mucho. Linda, alegre, moderna y muy conversadora, aún se le «pegan todos los chicos» como antes lo había hecho Dorita.

Estuvimos juntas casi cuatro horas, el tiempo pasó volando. Lloró y se emocionó mucho al comienzo de la charla, me dijo que nunca los pudo llorar por sostener a su hermana, que sigue enojada con sus sobrinos, a pesar de que los ama, por lo que le hicieron a Tanda, que cree que cayeron en una trampa y que no puede querer a los «subversivos». Me comentó que nunca leyó nada de lo que hizo la dictadura, pero que el libro nuestro sí lo va a leer.

Traté, en el transcurso de la conversación, de recomponer la mirada que tiene sobre los desaparecidos, explicándole que el término subversivo fue utilizado por la dictadura

genocida para justificar lo que ellos llamaron guerra; no sé si fue mi deseo pero me pareció que quedó pensando algo diferente al respecto.

Secuestro/desaparición de Dora

El 12 de agosto de 1977 fue el viernes de un fin de semana largo, su compañera de departamento había viajado a su casa en Lincoln. Regresó cargada de comidas caseras hechas por sus mamás. Dora no pudo enterarse que Tanda le había enviado matambre, milanesas y otras exquisiteces. Ese viernes fue secuestrada.

A las tres de la madrugada del día siguiente en que regresó su compañera, el departamento fue allanado por una patota. La «chuparon» a ella, a su hermana y a un «amigovio» al que apodaban «el Dandy». Estuvo secuestrada una semana en el Pozo de Arana. Le preguntaban por el Vasco, por Maitena, por un tal alemán y por supuesto por Dora. Intuyo que el trato recibido en el campo clandestino de concentración fue perverso y violento como el utilizado por los grupos de tareas en todos los casos, pero ella no me lo dijo.

Después de estar «chupada» una semana regresó a su trabajo en la Dirección Forestal, ahí se encontró con un miembro del personal que «coincidentemente» también tenía un cargo administrativo en la U.C.A. Esta persona le relata que el viernes 12 a la tardecita/noche presenció un operativo realizado en la vereda o entrada de la institución. Que en dicho operativo secuestraron a dos chicas, que una de ellas pierde la cartera en el forcejeo, le cuenta detalles del contenido de la cartera y le habla de una libreta de direcciones en la que figuraba su nombre, por lo que él «deduce» la relación. Estas dos chicas secuestradas por «fuerzas de seguridad» eran: Dora, la «Tana» y otra compañera de facultad «la Salteña». La «Salteña regresó pero no supieron nada más de ella. Dora, «la Tana» jamás regresó, continúa detenida/desaparecida a la fecha.

Es justamente esta compañera la que recuerda «*el grito desgarrador visceral de la mamá y la mirada congelada de tristeza del padre que se puso a llorar y nunca más habló*», cuando fue a avisarles, junto a su padre, lo sucedido a Dora.

Para reconstruir lo que ocurrió después que la «levantaron» en la U.C.A. recurrí al relato de familiares de Octavio Alcides Barrenese (el Vasco), a testimonios aportados en el «Juicio por los Crímenes de Lesa Humanidad del Centro Clandestino de Detención (C.C.D) La Cacha», lugar al que fue trasladado el grupo que estaba con ella al momento de su desaparición y a dos hermanos de una detenida /desaparecida que estuvo en ese centro en el mismo período.

El 24 de mayo de 2015 visité a primos del Vasco que viven en La Plata. Es difícil transmitir en palabras lo vivenciado desde el mismo momento en que Marita bajó a recibirme en el ascensor. Un llanto acongojado le impedía hablar, apoyó la mano en su pecho como esperando tranquilizarse, lo quería muchísimo a su primo, tanto que 38 años después aún lo siente así. Junto a ella también me esperaban Delia y Omar. Todo es fácil, no hay que explicar nada, entendemos la dictadura como lo que fue: terrorismo de Estado que implementó un plan sistemático de eliminación de personas.

Marita y Omar entrecruzaban recuerdos a viva voz y poco a poco voy armando la vida del Vasco y lo previo a su desaparición.

El Vasco, Alcides para la familia, nació en la Plata el 12 de febrero de 1950, vivió en la localidad de Roberto Payró, partido de Magdalena. Se recibió de veterinario en la Universidad Nacional de La Plata, fue profesor en la Facultad de Veterinaria y en la Escuela Agraria de Bartolomé Bavio, Omar lo recuerda en un texto que le escribió:

«Poseía una capacidad innata de liderazgo, alegre, solidario siempre dispuesto a ayudar a quien lo necesitara. Muy buen jugador de fútbol. Desde el Sport de Magdalena, Defensores de Cambaceres, los Verdes de Verónica o su Roberto Payró supimos verlo defendiendo con mucha fuerza cada una de estas camisetas, sabiendo los que jugábamos con él que estábamos respaldados con su fuerza, su coraje, su empeño y solidaridad. Por esa capacidad de liderazgo, estaba destinado a conducir naturalmente a los que compartían sus ideas... esa fue su culpa, estar al frente de gente que se oponía al vaciamiento, entrega y endeudamiento de la dictadura...»

El día que Omar se recibió de Ingeniero en Construcción en junio de 1975, el Vasco le ofreció su casa en la calle 60 y 17 para hacer la fiesta, la pasaron espectacular. Le gustaba guitarrear y divertirse cantando las canciones de Omar Moreno Palacios. Dora cariñosa, siempre cerca de él. También lo acompañaba a los partidos de fútbol pero se quedaba dormida en el auto.

Militante de la juventud peronista, tenía convicciones propias por lo que parece improbable que alguien lo forzara a comprometerse en lo que no estaba de acuerdo, los padres sí tenían mucho temor que le pasara «algo», pero nunca recriminaron en absoluto la militancia junto a Dora. Esta opinión de los primos no concuerda con la impresión que tuvo Tomasa al respecto.

El de 20 de junio de 1973, cuando Perón retornó a la Argentina luego de 18 años de exilio, en los bosques de Ezeiza unas dos millones de personas aguardaban la llegada del líder. El coronel retirado Jorge Manuel Osinde tenía la orden de impedir el acercamiento de la izquierda peronista. Desde el palco se desató una balacera cuando ingresaban las organizaciones, suceso que trascendió como «la masacre de Ezeiza». Dora y Alcides junto a su grupo de militancia ingresaron con la columna sur por la ruta 205 y llegaron a unos 100 metros del palco, por lo que vivenciaron la tragedia.

El Vasco rindió su última materia de la carrera de Veterinaria en la sede del Parque Pereyra Iraola (ahí funcionaba una cátedra), lo hizo adrede porque sabía que podía ser «chupado» si iba a la propia facultad. Para los milicos era una práctica común secuestrar a los estudiantes cuando iban a rendir para recibirse.

Omar por entonces trabajaba en Viedma y venía a Bavio sólo los feriados largos. Ellos, además de primos, eran muy amigos. Una novecita, unos meses antes de su desaparición caminando en medio del campo, el Vasco le contó que cada vez que entraba en su auto a La Plata (casi todas las noches) compraba el diario «El Plata» que era vespertino para saber qué había sucedido ese día respecto a los supuestos «enfrentamientos» que se publicaban. De acuerdo a lo que se

enteraba seguía viaje o regresaba. Omar le preguntó «¿por qué no te vas al carajo?» - «No, porque si nos vamos los que podemos, los que quedan lo van a pasar peor».

Todo lo expresado demuestra con claridad que era totalmente consciente del peligro que corría, y por lo tanto también lo era Dora, pero seguía haciendo su actividad diaria, aún después de enterarse por un amigo veterinario de Bavio que el allanamiento a la casa de su tía había sido por él. A este amigo también le contestó lo mismo que a Omar, cuando le pidió que se rajara.

El 12 de agosto de 1977 Alcides había estado de carneada junto a sus padres en la casa del papá de Omar, De Gregorio Larrañaga, distante 1 kilómetro en línea recta, de su propia casa de campo (estación o pueblo Roberto J. Payró, Partido de Magdalena).

A la tardecita salió del campo para La Plata con la intención de volver el sábado a hacer los chorizos. Pasó por la casa de los suegros de Omar, en Bavio, a dejarles la lista de lo que tenían que comprar para la carneada. Omar llegó esa noche con su señora de Viedma pero el Vasco ya se había ido, nunca lo volvió a ver.

El sábado por la mañana Omar fue al pueblo para hacer las compras y se encontró en la casa de sus tías con Maitena (hermana del Vasco, compañera de Dora en el departamento) y con Donato Bogliano (hermano de Adrián, compañero de militancia del Vasco y Dora), lo estaban buscando porque la noche anterior no se habían encontrado.

En esa época que lo corriente era que te detuvieran por ser integrante de alguna agrupación social, política o religiosa o simplemente porque se tenía el pelo más largo de lo «moralmente recomendado», Omar intuyó que la ausencia sólo podía deberse a la intervención del Estado, por lo que le dio a Maitena las llaves de su casa de Viedma, con la esperanza de que ubiquen a Alcides y pueda esconderse allá. Así se vivía, con constante temor.

Omar, su cuñado y Maitena se fueron al campo ese mismo sábado por la mañana. Por el camino, una calle de una sola mano, hoy ruta 36, encontraron dos camiones del ejérci-

to, un Peugeot 504 negro con unos tipos de civil que los observaron muchísimo y un avión que sobrevolaba el terreno. El Peugeot ocupaba abusivamente media mano de la calle, por lo que ellos tuvieron que pasar, muy lentamente, con dos ruedas en la banquina. En la bajada del campo los esperaba el papá de Omar en sulky, el cuñado regresó a Bavio. De inmediato le preguntaron si estaba Alcides, a lo que les respondió— «*se fue ayer a la tardecita para La Plata*».

Pasaron el día de carneada preocupados. Cuando por la noche los padres de Alcides (Homero y Teresa) y Maitena llegaron a su casa, encontraron todo dado vuelta, había sido violentada por el Ejército. Asustados y angustiados regresaron nuevamente al campo de los padres de Omar. Maitena les dijo, en ese momento, que desde la noche anterior no encontraban a Alcides. El domingo ella se enteró del allanamiento del departamento y de la desaparición de sus compañeras.

Alcides fue secuestrado el viernes 12 de agosto de 1977 de la casa de Adrián Claudio Bogliano y de su esposa María Susana Leiva, en Villa Elisa. La vivienda fue irrumpida violentamente por el grupo de hombres armados, vestidos de civil, que había secuestrado un rato antes a Dora en la facultad. Estos perversos asesinos quedaron en la casa junto a Dora, María Susana y sus dos hijas esperando la llegada del Vasco y de Adrián. Las niñas fueron entregadas a su abuela materna.

El matrimonio Bogliano y Alcides Barrenese fueron vistos por varios sobrevivientes en el Centro Clandestino de Detención (CCD) «La Cacha» en agosto y septiembre de 1977 y si bien no hay testigos que declaren haber visto a Dora, las circunstancias de su secuestro indican que ella también estuvo en ese centro.

El CCD «La Cacha» funcionó en las instalaciones de la que había sido la antena transmisora de la Radio Provincia de Buenos Aires, entre la calle 197, avenida 53, ruta provincial 36 y calle 47 de la localidad de Lisandro Olmos, detrás de las unidades penitenciarias 1 y 8. Allí fueron detenidas ilegalmente casi 200 personas y se sustrajeron tres menores nacidos en cautiverio, todas ellas transitaban por ese horror engrilletadas y encapuchadas, sufriendo las más diversas torturas.

La perversidad de la dictadura, encarnada en sus represores, permitió que ellos utilizaran el nombre «La Cacha» en alusión al personaje «Bruja Cachavacha», que hacía desaparecer gente en la caricatura «Hijitus» de García Ferré.

«La Cacha», que funcionó entre diciembre de 1976 y octubre de 1978, fue catalogado como uno de centros de detención, tortura y exterminio más sofisticados de la Dictadura debido a la coordinación y colaboración entre los servicios de inteligencia de las fuerzas represivas, estando presentes Ejército, Armada, Policía Provincial y Servicio Penitenciario de la Prov. de Buenos Aires. Las construcciones fueron demolidas por quienes regentearon el terror en 1981. La reconstrucción se basa en la memoria de los sobrevivientes.

La construcción principal constaba de tres plantas. Un sótano o subsuelo muy grande dividido por alambrados tipo gallinero con carreteles de cables y algunas maquinarias en desuso de los tiempos en que funcionaba la antena transmisora de radio. El lugar era espantoso, muy húmedo y lleno de ratas. A la planta baja se ingresaba por un pasillo, a la izquierda había un baño, una cocina y la habitación de los guardias, en donde también se hacían interrogatorios; a la derecha había un salón amplio, desde el cual se accedía a otras dos habitaciones pequeñas a las que sólo se podía entrar en cuclillas, apodadas «cuevitas»; en todas estas se alojaban detenidos. Frente a la habitación de los guardias se ubicaba el cuarto de las embarazadas, allí fue vista, entre tantas que pasaron, la hija de la titular de abuelas de Plaza de Mayo, Laura Carlotto. Al final del corredor, una escalera comunicaba con el primer piso. Esta planta alta era una gran sala dividida en boxes, en donde también había restos de máquinas y cables, cuevitas sin puertas y una letrina. El baño se encontraba en el entrepiso, descendiendo pocos escalones, desde aquí había una escalera que conducía al subsuelo.

Existía otro edificio, un pequeño chalet ubicado aproximadamente a 15 metros del edificio principal, unido a éste por un camino de lajas, para realizar los interrogatorios y torturas.

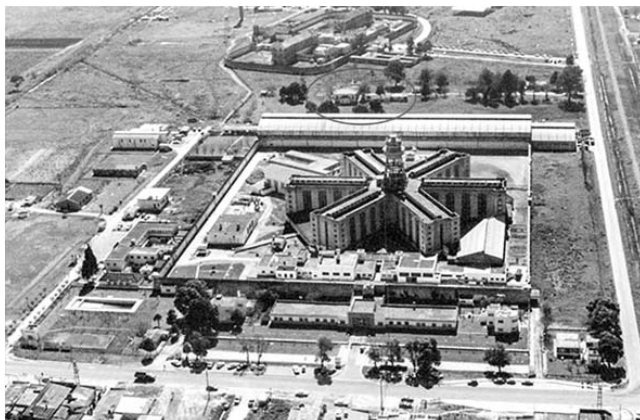
Los torturadores llamaban «Cachavacha Super Star» o «Casa Azul», a una casa rodante que estaba ubicada cerca de

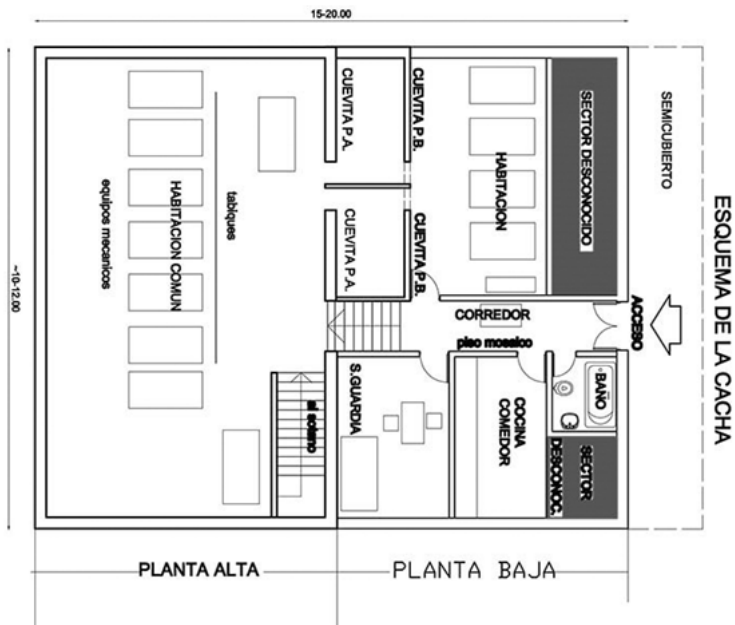
la casona, ahí se practicaban interrogatorios a cara descubierta.

«La Cacha» no fue el único, sino uno de los cientos CCD que la dictadura sembró a lo largo y ancho del país. Llegaron a existir más de 500. Los más emblemáticos en la ciudad de Buenos Aires fueron: la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), «El Olimpo», « El Club Atlético», «Automotores Orletti». En el gran Bs AS: «El Banco», «El Campito», «El Vesubio», «La Mansión Seré», «El Pozo de Banfield». En Córdoba: «La Perla». En Tucumán: «La Escuelita de Famaillá», etc.

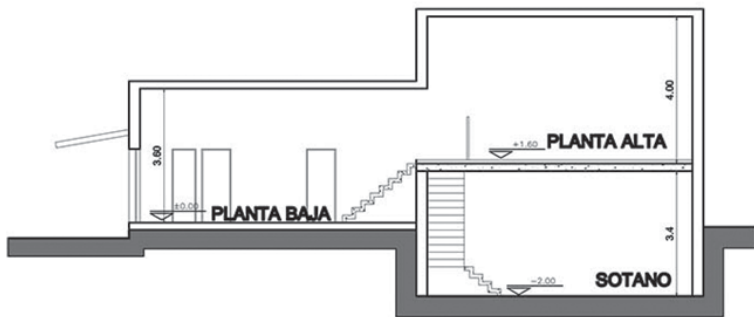
El juicio por crímenes de lesa humanidad cometidos en el CCD «La Cacha» se desarrolló entre diciembre de 2013 y octubre de 2014, estuvo a cargo del Tribunal Oral Federal Nro 1 de La Plata, integrado por los magistrados Carlos Rozanski, Pablo Jantus y Pablo Vega, e investigó la detención ilegítima de 128 personas.

Quince represores fueron condenados a cadena perpetua, tres a 13 años de prisión y uno a 12 años. Entre los condenados se encuentran Jaime Smart, quien fuera ministro de Gobierno Bonaerense durante la Dictadura y Miguel Etchecolatz, ex Director de Investigaciones de la Policía de la Provincia, Héctor Raúl Acuña, alias El Oso, Gustavo Adolfo Casivio, alias El Francés, ambos torturadores despiadados, Miguel Ángel Amigo (asesino de Elvivo, hermano de Dora), etc.





CORTE ESQUEMATICO DE NIVELES



Los planos fueron confeccionados por María Inés Paleo, una sobreviviente que estuvo secuestrada en La Cacha en 1978 y valorados en sucesivos juicios

A continuación presento la sinopsis de algunos testimonios ofrecidos en el juicio en relación con los hechos considerados (<http://juicioporlacacha.blogspot.com.ar/>) que permiten inferir lo que le sucedió a Dora luego de su secuestro.

Viernes 28 de febrero de 2014. 9º audiencia

En primer lugar declaró **Verónica Bogliano**, hija de Adrián Claudio Bogliano y de María Susana Leiva e integrante de una de las querellas en este juicio.

Se refirió a las circunstancias que rodearon el secuestro de Adrián y María Susana, relató que la noche del 12 de agosto de 1977 en su casa de Villa Elisa estaban su madre, su hermana Laura y ella. María Susana cocinaba para festejar al día siguiente el cumpleaños de Verónica. Esa noche llegó un grupo de hombres vestidos de civil, armados, llevando a Dora Esther Franzosi. Parte del grupo entró en la casa, otros se quedaron fuera. Poco más tarde llegaron Adrián y Octavio Alcides Barrenese, *El Vasco*, pareja de Dora. Los cuatro adultos fueron secuestrados, según pudieron ver los vecinos. «Entraron de noche a casa y después de golpear a mi madre y mi padre, la patota se dedicó a robar todo lo de valor, pero también se llevaron las canillas de la casa, la fotos y chucherías». Cerca de las 3 de la madrugada un grupo de hombres con vestimenta militar las dejó a ella y su hermana en casa de su abuela materna, quien pudo ver que estaba presente María Susana. Ella sólo alcanzó a decirle que no se preocupara y que avisara que al día siguiente no podría ir a trabajar. María Susana trabajaba en el Edificio Libertad, sede de la Armada Argentina. Verónica recordó que en su legajo figura la cesantía por ausencia. Indicó además que su padre fue delegado de ATE del Centro Único de Procesamiento de Datos (CUPED), lo que ahora es el ANSES y militaba en Montoneros. Por otra parte, su tío paterno, Jorge Eduardo Bogliano, militante de Montoneros, fue secuestrado también en 1977.

Al día siguiente comenzaron las gestiones para dar con el paradero de María Susana. Fueron a la Comisaría de Villa Elisa para radicar la denuncia correspondiente. En aquel lugar vie-

ron un documento firmado por un tal Fontana en el que se indicaba que la zona había sido liberada.

Una semana después la casa fue saqueada; Verónica destacó que entre todo lo que robaron se llevaron también los recuerdos de sus padres, las fotos de su infancia con ellos.

Muchos años pasaron y Verónica se entrevistó con Marcela Mónica Quintella, quien permaneció secuestrada en *La Cacha*. Ella pudo confirmar que su padre estuvo también allí. Lo vio a su lado, muy golpeado y preocupado por sus hijas, pues no sabía lo que había sucedido con ellas después del operativo. También en *La Cacha* estaba Octavio Barrenese. Por otra parte, Ernesto Carlos Otahal, quien permaneció en *La Cacha*, dijo que el 22 de septiembre de 1977 hicieron bañar a muchos secuestrados; entre los secuestrados que fueron sacados de allí ese día estaban los padres de Verónica. Él fue liberado al día siguiente.

Luego Verónica recordó que mientras trabajaba en la Comisión Provincial por la Memoria entró en contacto con la familia Bojorge, quienes habían tramitado una serie de exhumaciones en el Cementerio de La Plata, sospechando que entre esos restos sin identificar se encontraban los de Stella Maris Bojorge. A partir de algunos datos coincidentes con lo que había investigado sobre lo sucedido con sus padres, Verónica pensó que en aquel grupo podrían encontrarse también los restos de Adrián y María Susana.

En mayo de 2008 le informaron que su madre había sido identificada y más de un año después, en noviembre de 2009, confirmaron la identificación de los restos de su padre. En agosto de 2010 la familia pudo finalmente enterrarlos juntos.

El conjunto de restos exhumados correspondían a Octavio Alcides Barrenese, Adrián Claudio Bogliano, César San Emeterio, Stella Maris Bojorge, María Susana Leiva, María Ilda Delgadillo; quedan por identificar los restos de una mujer -tal vez sea Dora Ester Franzosi, pero no hay muestras de la familia para identificarla, y un hombre.

«Hoy vengo a declarar en este juicio porque elijo estar acá, porque es la historia de mis padres, porque es la historia de los 30.000 desaparecidos y la de todos los argentinos que

necesitamos que se haga justicia» concluyó Verónica Bogliano, mientras un resonante aplauso subía hacia el escenario.

En quinto lugar declaró **Laura Bogliano**, la que complementó las declaraciones de su hermana. Se refirió a la militancia de sus padres, su compromiso y solidaridad. También evocó el miedo entre los vecinos el día del secuestro y los datos que obtuvieron sobre sus padres a partir de personas liberadas que estuvieron secuestradas en *La Cacha*.

Evocó también los años en que esperaba que regresaran en cada cumpleaños, los silencios, el no poder ser escuchada su historia. También manifestó su agradecimiento por la realización de los juicios y valoró la tarea de su hermana como querellante en los juicios por crímenes cometidos durante la última dictadura.

16 de abril de 2014. Audiencia N° 19:

Se escuchó la declaración de **Ernesto Martín Hütter** sobre el secuestro de Susana Leiva y Adrián Claudio Bogliano.

Se refirió a las gestiones que la familia realizó para dar con el paradero de la pareja. Al presentarse en la Comisaría de Villa Elisa para radicar la denuncia del secuestro vio un telegrama en el que se solicitaba libertad para actuar en la zona de la casa de la familia Bogliano; Fontana, de Seguridad Federal, estaría al frente del operativo.

El 18 de agosto, seis días después del operativo, recibieron un llamado telefónico en el que indicaban que Susana estaba bien y que regresaría. Más adelante supieron que la casa fue vaciada, saqueada completamente.

Continuaron las gestiones ante el Ministerio del Interior, el Poder Ejecutivo, la Policía, sin resultados.

Su esposa se presentó en el Edificio Libertad, en donde Susana trabajaba, para hacer la denuncia sobre su desaparición. Allí, indicó, se vieron sorprendidos por la noticia.

Declaración de **Liliana Beatriz Méndez de Cédola**: sobreviviente de La Cacha se refirió a las personas que tenía a su alrededor, Ernesto Carlos Otahal, Susana Leiva, Adrián Bogliano. Indicó que el 22 de septiembre cree que gente con importancia realizó una visita al lugar; recuerda el silencio to-

tal de aquel momento. Ese mismo día decían que enviarían a muchos a sus casas, como a Susana Leiva y Adrián Bogliano.

Después de una larga jornada, declaró en último lugar **Homercinda de Jesús Pedraza** sobre el secuestro de Adrián Claudio Bogliano y Susana Leiva.

Homercinda trabajaba en el turno noche en Alpargatas. Regresaba siempre cerca de medianoche a su casa en Villa Elisa, en donde la esperaba su esposo, quien había sufrido hacía tiempo un ACV y se movía y hablaba con dificultad. La noche del 12 de agosto de 1977 la esperaba en la puerta, asustado. Homercinda relató cómo desde su casa pudo ver que dos hombres sacaban a Adrián, con las manos sobre la cabeza y lo metían en un auto; luego a Susana, que salía renqueando. Vio a militares con armas que se fueron después del secuestro.

Pasados unos días, cuando volvía de su trabajo, se encontró con una escena similar; vio esta vez cómo saqueaban la casa de la familia Bogliano. Fueron dos o tres viajes de una camioneta que emplearon en llevarse todo, la antena de TV incluida y una calesita de las niñas.

Jueves 12 de junio de 2014. Audiencia N°28 declaró María Maitena Barrenese, hermana de Octavio Alcides Barrenese. Octavio era veterinario y docente; vivía en la zona rural de Magdalena. Estaba en pareja con Dora Esther Franzosi y militaba en la JP. Le decían *El Vasco*, por su apellido. El 12 de agosto de 1977 pasó por la casa de su hermana en La Plata, para avisarle que al día siguiente se encontrarían en Magdalena. Al día siguiente María Maitena se dirigió hacia allí. Poco después de llegar a casa de sus padres un trabajador les informó que personas del ejército habían entrado al campo en el que vivía su hermano y habían destruido todo en la casa. Su padre y ella se acercaron al lugar y comprobaron que la habían saqueado.

Inmediatamente comenzaron las gestiones para dar con él. Recorrieron dependencias militares de la zona, recurrieron a la iglesia, a la Cruz Roja, a Ibérico Manuel Saint Jean, a quien su padre conocía desde la época en que fue intendente de Magdalena, pero no obtuvieron ninguna respuesta.

Tiempo después supo que su hermano fue secuestrado de la casa de Adrián Claudio Bogliano y María Susana Leiva en Villa Elisa y fue llevado a *La Cacha*. También secuestraron a Dora, su pareja.

Relató además que a través del Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) obtuvieron datos sobre sus restos y los recuperaron; estaban en el Cementerio de La Plata como N.N.

4 de julio de 2014. Audiencia N° 36 declaró **Claudia Bellingeri**, directora del Programa Justicia por Crímenes de Lesa Humanidad de la Comisión Provincial por la Memoria.

Explicó que su tarea es trabajar sobre un acervo documental enorme constituido por los documentos de lo que fue la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPPBA). En su conjunto estos documentos registran las acciones de esta institución sobre toda la Provincia de Buenos Aires y, al mismo tiempo, recopilan información que la misma intercambió con otras agencias de inteligencia como la Secretaría de Inteligencia de Estado (SIDE) y el Destacamento de Inteligencia del Ejército 101.

Se refirió a la importante relación del Servicio Penitenciario Bonaerense con el funcionamiento general de *La Cacha*, tanto por la ubicación del predio como por la implicación del personal penitenciario en el circuito clandestino de represión.

Señaló que en el funcionamiento de *La Cacha* claramente intervinieron la Armada, el Destacamento de Inteligencia del Ejército 101, la Policía de la Provincia de Buenos Aires, la delegación de la SIDE en La Plata, la Policía Federal y el Servicio Penitenciario Bonaerense.

Repasó también las distintas leyes y directivas que dieron forma a la persecución política llevada adelante por la dictadura, entre ellas las directivas del Ejército 404 / 75 – Lucha contra la Subversión- y 405 / 76 –Reestructuración de jurisdicciones-. En ese marco destacó el lugar medular

que ocuparon los órganos de inteligencia de las distintas fuerzas para llevar adelante aquella persecución. Cada fuerza de seguridad contaba con su órgano de inteligencia y éstos a su vez se articulaban entre sí.

También se refirió a las pruebas existentes de esta articulación. La DIPPBA registró en sus archivos distintos pedidos de información de parte del Destacamento de Inteligencia del Ejército 101 como solicitudes de antecedentes, de nóminas de militantes dentro de las fábricas y otras instituciones, de capturas, de averiguación de domicilio.

Ejemplificó además con documentos que indican que personas que permanecieron secuestradas en *La Cacha* fueron objeto del seguimiento de la inteligencia de la Armada.

Destacó además que estos falsos enfrentamientos no aparecen registrados en los libros de entrada de la DIPPBA, es decir, no ingresan como hechos ocurridos informados por los agentes de inteligencia. Agregó que pudieron detectar cinco hechos fraguados relacionados con personas que permanecieron secuestradas en *La Cacha*.

Claudia indicó que la DIPPBA perseguía a las personas por sus actividades; esta lógica es la que organiza la documentación conservada en la que se puede rastrear la persecución previa, la fuente de información que hizo posible los secuestros, torturas y asesinatos.

Miércoles 16 de julio de 2014. Audiencia N° 38 declaración testimonial de **Patricia Bernardi**, miembro fundadora del Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) y coordinadora del área de laboratorio del organismo.

Comenzó su declaración refiriéndose a los pasos generales que siguen en cada investigación para determinar la identidad de restos humanos encontrados. Indicó que se realiza una investigación preliminar, basada en fuentes orales y escritas; luego avanzan en el trabajo de campo, en el que se recuperan los restos óseos; a continuación el trabajo se centra en el laboratorio, para reconstruir y asociar los restos encontrados y finalmente se trata de determinar la identidad comparando la información genética de los restos con los distintos grupos familiares...

El 22 de septiembre de 1977 ingresaron en el Cementerio de La Plata los restos de cuatro hombres y cuatro mujeres como N.N. Después de consultar fuentes orales y documentales, el EAAF procedió a exhumar los restos de este grupo y lograron identificar a Stella Maris Bojorge, María Ilda Delgadillo, María Susana Leiva, Octavio Alcides Barrenese, Adrián Claudio Bogliano y César San Emeterio. Restan identificar una mujer y un hombre.

A mediados de 2015 me encuentro con dos hermanos de Stella Maris Bojorge también desaparecida, estudiante de medicina de veintitrés años, que estuvo en La Cacha desde el 2 de julio al 22 de septiembre de 1977 y que fue retirada de ese centro la madrugada del 22 de septiembre junto a un grupo de once a trece personas entre las cuales figuran Octavio Alcides Barrenese, Adrián Claudio Bogliano, María Susana Leiva (es decir los «levantados» la noche del 12 de agosto de la vivienda de Villa Elisa), la obstetra Ilda Delgadillo y su esposo el médico César San Emeterio. Estas seis personas fueron identificadas por el EAAF en el cementerio de La Plata, sólo resta determinar la identidad de dos cuerpos, uno masculino y otro femenino, de los ocho cuerpos exhumados. Elevadísima es, por lo tanto, la probabilidad de que en ese grupo haya estado Dora, por lo que es posible que el cuerpo femenino que falta identificar sea el de ella.

Los hermanos Bojorge (Patricia y Arturo) realizaron una exhaustiva investigación hasta encontrar los restos de Stella Maris, dicha investigación también permitió la identificación del matrimonio Bogliano.

Varios sobrevivientes de «La Cacha» declaran haber visto en ese lugar a Stella Maris, a Alcides (Vasco) a María Susana, a su esposo Adrián Claudio y al matrimonio Delgadillo-San Emeterio.

Por las declaraciones de Ernesto Carlos Otahal, Liliana Beatriz Méndez de Cédola y Marcela Mónica Quintella se sabe que el matrimonio Bogliano, el Vasco y el matrimonio San Emeterio estaban ubicados en la planta alta del centro, que era el lugar que más detenidos albergaba.

Por declaraciones realizadas por María Silvia Bucci, Raúl Elizalde, Héctor Javier Quintero y José Luis Barla, se sabe que Stella Maris Bojorge estaba en planta baja.

José Luis Barla pudo conversar con Stella Maris (La Ratona) alguno de los días que pasó en planta baja, ya que luego lo trasladan a la planta alta, pudo también retirarse la venda cuando los guardias no estaban y ver que estaban separados por tabiques de aglomerados. Stella le contó que había sido salvajemente torturada por el «Oso» (Héctor Raúl Acuña).

Patricia y Arturo me aseguran que Dora nunca pudo haber estado en la planta alta ya que los testigos que estuvieron en ese lugar durante ese período debieran haberla visto junto al grupo mencionado. Opinan que Dora debe haber estado en planta baja o tal vez en el sótano, porque de estos lugares no hay sobrevivientes que coincidan temporalmente con el período transcurrido desde el 12 de agosto al 22 de septiembre. Los que recuerdan haber visto a Stella Maris Bojorge en planta baja fueron liberados antes del secuestro de Dora, es el caso de María Silvia Bucci, Javier Quintero y Raúl Elizalde. El sobreviviente José Luis Barla, detenido desde el 5 de agosto al 5 de septiembre, dice que pasó algunos días de su secuestro en planta baja y luego lo subieron, tal vez esto sucedió antes del 12 de agosto, día del secuestro de Dora, por lo que pudo no haber coincidido en planta baja con ella.

José Luis recuerda haber visto nuevamente a Stella el día que lo bajaron para su liberación. La despidió con un «*chau Ratona*», a lo que ella le respondió «*chau Duro*».

El sobreviviente/ testigo Ernesto Carlos Otahal declara que el día 21 de septiembre los hicieron formar fila para que se bañen y afeiten y, a pesar de estar siempre «tabicados» (con bolsas o vendas en la cabeza) él iba calculando cuántos eran en el grupo teniendo en cuenta las veces que la puerta del baño se abría y cerraba. Ernesto supone que intentaban hacerles creer que iban a ser «blaqueados», es decir puestos a disposición del Poder Ejecutivo Nacional (PEN). Recuerda que pasada la medianoche llegaron autos, que hubo corridas, ruidos de puertas, que ellos se quedaron quietos y que se llevaron

a todo el grupo menos a él. Todo esto sucedió en la planta alta del centro.

La hipótesis de Patricia y Arturo respecto a lo que sucedió la madrugada del 22 de septiembre es la siguiente: los sacaron del centro en 3 ó 4 autos ya que en cada auto iban, habitualmente, 2 personas del grupo de tareas y 3 detenidos, uno en el baúl y dos en el asiento trasero. Recorrieron unos 20 km aproximadamente, primero por la ruta 36 y luego tomaron la ruta 2 hasta ingresar por una vieja entrada, muy arbolada, del parque Pereyra Iraola. Los hicieron bajar y los fusilaron. Todos los cuerpos exhumados presentaban heridas de bala en cabeza y tórax. Dejaron los cuerpos, tal vez entre la una y dos de la madrugada, más tarde fueron recogidos por otros vehículos que también formaban parte de esa siniestra y vasta red estatal que desaparecía a las personas. Seis cuerpos ingresaron a la morgue del cementerio de La Plata a las cuatro y treinta de la madrugada y otros dos (Stella y Adrián) fueron llevados, probablemente, primero a una funeraria de Berazategui y unos días después los ingresaron también al cementerio de La Plata. Todos fueron arrojados en fosas, sin cajones, como N.N.

Y así, pretendiendo andar tu camino, aprendí a quererte.

Quiero contarte Dora, que en 1982, casi 5 años después de asesinarte, la misma dictadura planeó y llevó a cabo otra masacre, la Guerra de Malvinas. Que en 1983 retornó la democracia y con ella el histórico Juicio a las Juntas, pero la ley de Punto Final y la ley de «Obediencia Debida» recortaron profundamente la posibilidad de continuar haciendo justicia. Y que en 1989, también con el discurso de pacificar al país, el presidente Carlos Menen indultó a los militares de alto rango que no habían sido amparados por las leyes anteriores.

¡Qué impotencia genera la injusticia Dora! Esos militares asesinos que te desaparecieron tenían cómplices civiles y eclesiásticos. Sí, fue así, si no, no hubieran podido. La cúpula de esa Iglesia a la que vos te acercabas hizo silencio y colaboró activamente. Qué hondo caló la omisión del genocidio en nuestra sociedad para que la placa con tu nombre que obsequió la

Escuela Normal Nacional Abraham Lincoln en el trigésimo aniversario del golpe no fuera colocada, como estaba previsto, en tu colegio católico. Los directivos de la ENAL, en un emotivo acto presentaron dos placas con los nombres de los ocho desaparecidos. Una, la que fue colocada en ese mismo acto, recordaba a los siete alumnos que estudiaron allí, la otra, la que te nombraba a vos, estuvo varios años sin colgarse, hasta que en el 2009 una ex alumna promovió la confección de un petitorio con firmas para lograrlo, por suerte reunimos muchas, aunque alguna que otra ex alumna se negó a hacerlo. Cuando trascendió que el petitorio iba a ser presentado en la fiesta del reencuentro de egresadas, el colegio agilizó su colocación.

Tu mamá, Dora, una mujer arrasada por el dolor se consideró mucho tiempo culpabilizada por esta sociedad linqueña adormecida ante el espanto. Imaginate cómo se habrá sentido un día que reprendió a unos chicos del barrio y un adulto le dijo: «bueno, bueno, son chicos y no asesinos como los hijos de otros». Por eso, el 19 de julio de 2005 cuando vino a nuestra ciudad el presidente Néstor Kirchner, demostrándole un cariño especial la contuvo con un fuerte abrazo durante el acto en el Patio Cívico de los Derechos Humanos, ella sintió emerger de su estado de «culpabilidad» y eso le permitió en sus propias palabras «levantar la frente».

Escuchar en la voz de tu tía este relato referido al sentimiento de tu mamá fue emocionante, a vos te hubiera alegrado saberlo.

La memoria rescata la muerte y la humillación, afirma la vida, detiene el olvido, dignifica la existencia. Te imagino en tu cautiverio atormentada pero entera, plena de convicciones, segura de que tu inminente muerte no sería en vano...

Ya ves, querida Dora, intenté recuperarte, para los que te conocimos y para los que no, para los que piensan el pasado y para los que olvidan, para que no se repita el terror ni la masacre que te desapareció.

Por Cristina Vergagni